Laurencez quedó con sus tiendas levantadas frente á Puebla; tenía el designio de volver al combate al siguiente día por otro punto, pues muchos obstáculos había encontrado en el asalto del fuerte, para que pensara en renovarlo; meditaba un ataque directo á Puebla por el camino carretero; pero para ello se exponía á un fuego certero en el espacio de cuatro kilómetros y á los fuegos cruzados de Guadalupe y los Remedios. Por el otro lado de la ciudad se presentaban iguales peligros é inconvenientes, por ser plano y escampado, sin un punto al rededor del cual fuera posible apoyarse en caso de retirada, y en todas las calles perpendiculares á esa línea de defensa, había trincheras, fosos y otras obras de fortificación. En presencia de estas circunstancias, todos los llamados á dar su dictamen opinaron porque no debía intentarse otro ataque en que se gastarían las municiones que quedaban y aumentaría el número de heridos, exponiendo al ejército á una completa derrota.

Quedaba un solo recurso: que las tropas mexicanas fueran á atacarlos; y la permanencia de los franceses frente á Puebla, tenía por objeto atraerlas á la llanura; el general Zaragoza no creyó conveniente exponerse á comprometer el éxito alcanzado; también esperaba el general francés la reunión ofrecida de las fuerzas reaccionarias que estaban al mando de Márquez y de Zuloaga por el Sur de Puebla. Después de aguardar en vano durante tres días, dió Laurencez la orden de levantar el campo. El día 8 estuvieron las tropas mexicanas formadas frente al campamento francés, provocando un combate; pero en la noche el ejército francés llegaba á Amozoc y se establecía allí. Dos días emplearon en la reorganización de los trasportes y curación de los heridos; y como no aparecía Márquez, la retirada continuó por Tepeaca, Quecholac y el Palmar, á donde llegaron el día 14, habiendo hecho algunos prisioneros de las fuerzas de Carbajal.

Los franceses fortificaron el cerro de Amalucan, después del revés que sufrieron el 5 de Mayo, y algunos reaccionarios ocuparon á Cholula. El día 7 salieron las caballerías al mando del general Carbajal, en número de mil quinientos ginetes para hostilizar á los invasores que se retiraban; pero tuvieron que ocuparse en batir á los militares que en Perote defeccionaron, alcanzados en su marcha para la cañada de Ixtapa. Los franceses comenzaron su retirada hacia Amozoc á las cuatro de la tarde del día 8, retirada que apenas podían creer los jefes mexicanos, considerándola como el complemento de su triunfo. Las columnas de infantería que estaban á derecha é izquierda del camino, se habían fraccionado; entraron en línea interpolándose entre los carros y permanecieron en la llanura las baterías entre la garita y el cerro de Amalucan, apoyándose tras de las ruinas de un rancho. Colocaron fuerzas en el cerro del Tepozúchil con las piezas de montaña y alguna caballería, y otra fuerza considerable en la hacienda de Alamos, en tanto que los carros acababan de entrar en línea. Una descubierta de caballería formaba la cabeza de la columna que marchaba por el camino de Amozoc; la artillería pasó al centro con alguna caballería, y cerraba la retaguardia un cuerpo de infantería. Permanecieron los franceses algunos días en Amozoc; levantando

el campo el día 11 continuaron su marcha para Orizaba por Tepeaca y Acatzingo. El general Zaragoza salió en su seguimiento el día 12, dejando de gobernador y comandante general de Puebla, al general Ignacio Mejía. El mismo día llegaban á la capital de la República, los Sres. Ceballos y Ballesteros, enviados por el general Prim, y se creyó que su misión era arreglar las cuestiones pendientes; pero se dudó que se resolviera algo, porque Prim había salido para la Habana el mismo día 5 de Mayo, en el vapor "Blasco de Garay." Entre tanto continuó el ejército francés su retirada, seguido por el general Zaragoza que estableció su cuartel general en Acatzingo, esperando la batalla; desde el Palmar destacó una brigada de observación al mando del general Tapia, la cual se colocó en Barranca Seca.

Los franceses iban constantemente con la pala y la azada, llenando las cortaduras ó apartando los obstáculos que se les habían puesto en su marcha, vigilando sin cesar las maniobras de los guerrilleros, ó formándose para estar dispuestos á rechazarlos; descendieron lentamente las Cumbres donde tantas esperanzas habían concebido, y sentían deseos de llegar al punto objetivo de la retirada, que era Orizaba, donde tenían una guarnición, hospital y almacenes.

En aquellos momentos apareció por fin Márquez, después de haberse separado de Zuloaga. Márquez y Mejía fueron los únicos jefes de categoría que correspondieron al llamamiento hecho por Almonte; conducía á su mando poco más de dos mil guerrilleros, y para escapar de las fuerzas que Zaragoza había destacado en su contra, había tomado el camino de la montaña, llevando sus hombres y sus caballos extenuados por el cansancio y las privaciones; desembocaba en el valle de Río Blanco, después que los franceses habían pasado. Esto lo había previsto, y habiendo dejado el mando de sus tropas á uno de sus ayudantes, se dirigió hacia Orizaba; encuentra á Laurencez en Tecamalucan, le expone su situación y obtiene la promesa de que será socorrido sin retardo, en caso de ser atacado.

Al día siguiente, 16 de Mayo, mientras que los franceses franqueaban la distancia que los separaba aún de Orizaba, recibía Márquez el aviso de que el general Tapia, con cuatro mil soldados, había tomado posesión al pie de las Cumbres, para impedir que las fuerzas de la reacción se unieran á los invasores; previno al jefe francés y se dirigió á ponerse á la cabeza de sus soldados. Mientras tanto, el general Laurencez detenía en el Ingenio á los dos batallones del 99 de línea con una batería de montaña, encargaba al general L'Hériller que defendiese la posición que dominaba el valle del Río Blanco, y tuviese listo un batallón para auxiliar el paso de Márquez. Dictadas esas disposiciones, continuó Laurencez su marcha para Orizaba.

Invitados por el jefe Taboada los generales O'Horán y Negrete, para que se unieran á los intervencionistas, negáronse en terminos enérgicos; y entre los conceptos de la carta en que contestó O'Horán, se lee lo siguiente: "No deben faltarte algunos recursos; por tanto, vete fuera de la República y cámbiate el nombre; hay errores en la vida, cuyo amargo torcedor dura cuanto ella."

Zaragoza telegrafió al gobierno el mismo día 5 á las cinco y media de la tarde, diciendo que los franceses habían hecho esfuerzos supremos para apoderarse del cerro de Guadalupe, atacado por el Oriente á derecha é izquierda, pero que fueron rechazados por tres veces; calculaba en algo más de cuatro mil los soldados asaltantes y que habían tenido una pérdida de seiscientos á setecientos, en tanto que las de los mexicanos llegarían á cuatrocientos; que algunos franceses habían ido á morir en los fosos, entre ellos uno de alta graduación. "Sea para bien, señor Presidente, decía el general Zaragoza, que nuestra querida Patria hoy tan desgraciada, sea feliz y respetada cual corresponde por las demás naciones." Era el 5 de Mayo el 41º aniversario de la muerte de Napoleón I en la isla de Santa Elena.

En el parte oficial que sobre el campo dió el general Zaragoza, señala las siguientes fuerzas á sus órdenes: ochocientos hombres con una batería de batalla y dos de montaña guarnecían la plaza; mil cien y dos baterías cubrían los cerros de Guadalupe y Loreto; tres mil quinientos cincuenta con una batería de batalla, formando cuatro columnas de las que tres eran de infantería y una de caballería, listas para librar acción campal al Oriente de la ciudad, atrayendo á los franceses al punto escogido por medio de un cuerpo de infantería dotado con dos piezas de montaña. Este plan no se verificó, pues moviendo el jefe francés una fuerza por su izquierda, lanzó la columna que cayera sobre los cerros. Las ochocientas mochilas que quedaron abandonadas en el campo el día 5, fueron distribuidas entre los soldados de la guarnición de Puebla; algunas contenían cruces de Crimea, Magenta y Solferino; los fusiles recogidos sirvieron para armar en esa misma ciudad á voluntarios de la guardia nacional. Pasaban de cien los prisioneros pertenecientes á los cuerpos de zuavos, cazadores de Vincennes y de Africa.

He aquí el parte oficial rendido cinco días después de la batalla por el general Ignacio Zaragoza al Ministro de la Guerra, con motivo de la gloriosa jornada:

"Cuerpo de Ejército de Oriente.—General en Jefe.—Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las Cumbres de Acultzingo, llegué á esta ciudad el día 3 del presente según tuve el honor de dar parte á usted. El enemigo me seguía á distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado á retaguardia de aquel la segunda brigada de caballería compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible lo hostilizara, me situé como llevo dicho, en Puebla. En el acto dí mis órdenes para poner en un regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar la fortificación de la plaza, que hasta entonces estaba descuidada.

"Al amanecer del día 4 ordené al distinguido general, C. Miguel Negrete, que con la 2ª División de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. El mismo día 4 hice formar de las brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, tres columnas de ataque, compuestas, la primera de 1,082 hombres; la segunda de 1,000 y la última de 1,020, toda infantería, y además una columna de caballería con 550 caballos que mandaba el ciudadano general Antonio Alvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José hasta las doce del día, á cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

"A las cinco de la mañana del memorable día 5 de Mayo, aquellas fuerzas marchaban á la línea de batalla que había yo determinado, y verá usted marcada en el croquis adjunto; ordené al ciudadano comandante general de artillería, coronel Zeferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola á disposición del ciudadano comandante militar del Estado, general Santiago Tapia.

"A las diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4,000 hombres con dos baterías y otra pequeña de 1,000 amagando nuestro frente. Este ataque que no había previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia que la brigada Berriozábal á paso veloz, reforzara á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo Carabineros á caballo fuera á ocupar la izquierda de aquellos para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al batallón Reforma, de la brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros que á cada momento se comprometían más en su resistencia. Al batallón de Zapadores, de la misma brigada, le ordené marchase á ocupar un barrio que está casi á la falda del cerro, y llegó tan oportunamente que evitó la subida á una columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas ejecutaron los franceses y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería situada á la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.

"Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.

"El ciudadano general Díaz con dos cuerpos de su brigada, uno de la de Lamadrid con dos piezas de batalla, y el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron á la columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones; ella se replegó hacia la hacienda de San José, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habían claraboyado las fincas; pero yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía; por tanto mandé hacer alto al ciudadano general Díaz que con empeño y bizarría los siguió, y me limité á conservar una posición amenazante.

"Ambas fuerzas beligerantes estuvieron á la vista hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada á su campamento de la hacienda de los Alamos, verificándolo poco después la nuestra á su línea.

"La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo, y cuya operación duró todo el día siguiente; y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquel, sí aseguro que pasó de mil hombres entre muertos y heridos y ocho ó diez prisioneros.

"Por demás me parece recordar á usted el comportamiento de mis valientes compañeros; el hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brío y por sí solo los recomienda.

"El ejército francés se ha batido con mucha bizarría: su general en jefe se ha portado con torpeza en el ataque.

"Las armas nacionales, ciudadano Ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al Primer Magistrado de la República por el digno conducto de usted, en el concepto de que puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.

"Indicaré á usted por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar á las brigadas O'Horán y Carbajal, á batir á los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo de Ejército de Oriente, de una victoria que habría inmortalizado su nombre.

"Al rendir el parte de la gloriosa jornada del 5 de este mes, adjunto el expediente

respectivo en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que á ella concurrieron.

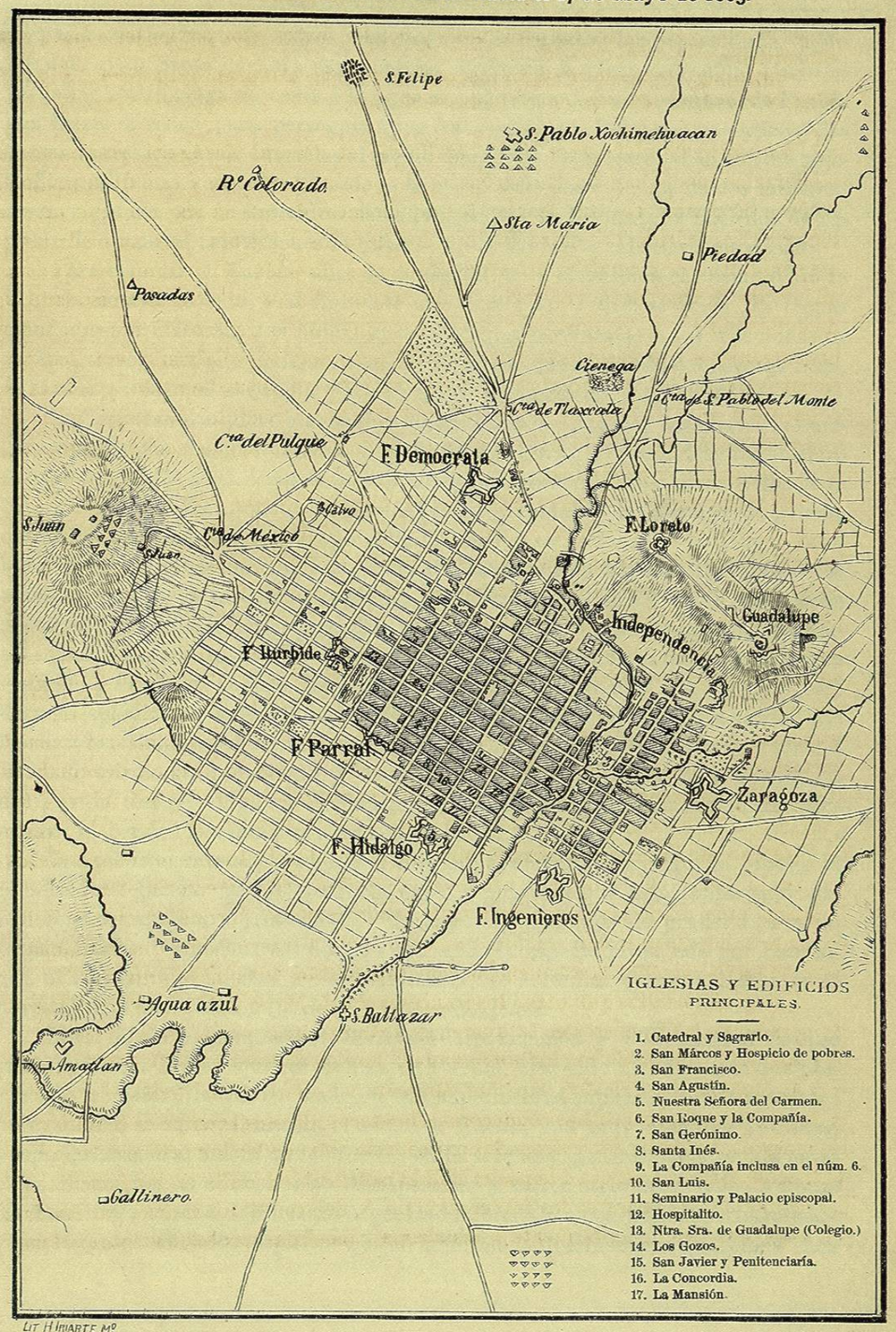
"Libertad y Reforma. Cuartel general en Puebla, á 9 de Mayo de 1862.—*I. Zaragoza.*—Ciudadano Ministro de la Guerra.—México."

En ese parte que acerca de la batalla dió el general Zaragoza, resalta suma moderación, nada hay de fanfarronería ni palabras huecas, y está disminuido el número de prisioneros que señalan los documentos de origen francés, que tal vez incluyen los prisioneros entre los heridos llevados á Puebla. Las autoridades y corporaciones mexicanas publicaron proclamas después del triunfo. El Ayuntamiento de México decía con fecha 9 de Mayo: "Ya os lo tiene recomendado el Ayuntamiento, y os conjura hoy de nuevo á que obréis generosamente con todos los extranjeros que residan en nuestro país, pero muy especialmente con los prisioneros de guerra. Un hombre en la desgracia es un objeto sagrado, y sólo es de cobardes ó salvajes insultar á un valiente que se ve rendido. No salga, pues, de vuestros labios, ni un solo baldón para los vencidos; no hagáis acción alguna con ellos que pueda envilecerlos."

El ministro de la Guerra daba las siguientes órdenes: "El ciudadano Presidente ha visto con particular satisfacción, las medallas y cruces pertenecientes á individuos del ejército invasor que usted remitió á este Ministerio; pero su noble corazón no puede menos de entristecerse, contemplando la intensa y muy justa pesadumbre que debe haber causado á los dueños de aquellas condecoraciones, distintivo y premio debido al valor heroico, su pérdida en un lance de armas de no menor valor individualmente por parte de ellos, sino por los azares de la guerra, en que también merece respeto y consideración el valor desgraciado. En consecuencia, se ha servido disponer, y tengo la satisfacción de comunicarlo á usted para su cumplimiento, que todas las condecoraciones que en el calor del combate arrancaron nuestros soldados á sus bravos vencidos, heridos ó prisioneros, les sean devueltas en nombre y como testimonio de consideración al valor del ejército de Oriente y de la generosa Nación Mexicana, considerando que los desgraciados que las hubieran merecido, por hechos distinguidos, cuya memoria es superior á la misma muerte, no las desmerecen en ninguna manera, porque sumisos y debidamente subordinados, han venido á nuestro suelo á traernos una guerra inicua y loca, de cuyo origen y consecuencias son responsables los que la provocan."

Entre las medallas quitadas á los franceses el 5 de Mayo, había unas dadas por el Emperador de los franceses en la guerra de Crimea; otras por la Reina Victoria al ejército aliado; las había con los nombres de la Legión de Honor, Italia, Báltico, Mar Negro, Montebello, Palestro, Turbigo, Magenta y Solferino, casi todas con sus correspondientes diplomas. Las condecoraciones recogidas en el campo de batalla y de los muertos, debieron ser entregadas para formar un cuadro honorífico del ejército de Oriente, que trasmitiera á la posteridad la memorable batalla en las inmediaciones de Puebla. Al retirarse los franceses el día 8, dejaron tirada mucha galleta, frijol, maíz, barriles de aguardiente y hasta ropa y mochilas, probablemente pertene-

Plano de las fortificaciones de la ciudad de Puebla, en el memorable sitio que sufrió desde el 16 de Marzo hasta el 17 de Mayo de 1863.



LIT. H. IRIARTE Mº